

Ayleen y Hussein

Pieza en un acto

Rodrigo Soto
Escritor costarricense.

Personajes:

Ayleen, 34 años.

Tomás, 36 años.

La sala de un apartamento en penumbras. Es noche. Toda la luz en el recinto proviene de un aparato de TV sin sonido, en el que se despliegan imágenes de Hussein, la guerra en Irak, Hussein cuando es detenido, Bush hijo; Bush padre, anuncios, publicidad, etc. Reiterativamente, estas imágenes se repiten durante toda la escena. La luz parpadeante de la TV nos permite adivinar la silueta de una mujer ovillada en el sofá de la sala, tal vez sollozando. Fuera suena la bocina de un auto. La mujer hace un pequeño movimiento hasta alcanzar algo de la mesa. Se oye activarse el motor de un portón eléctrico. Las luces de un carro que avanza hacia la casa llenan cada vez más la sala, a través de las cortinas, hasta iluminar intensamente a AYLEEN, como si estuviera en una sala de interrogatorios. Luego el motor del auto se apaga y enseguida lo hacen las luces. Portazo de auto. Pasos. Golpes a la puerta. AYLEEN se levanta. Enciende una luz de la sala. Ahora distinguimos algunos objetos infantiles por aquí y por allá: un peluche, un juego de mesa. AYLEEN va hasta la puerta y abre. Queda frente a TOMÁS y, tras un titubeo, se lanza a sus brazos, sollozando.

Ayleen:

¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Tomás duda de abrazarla, lo hace titubeante.

Tomás:

¿Hace cuánto se fue?

Ayleen:

(sin responder a la pregunta):

¡¿por qué?! ¡¿Por qué?!

Tomás:

¿Qué te dijo?

Ayleen continúa sollozando.

Tomás:

¿Qué le dijiste?

Ayleen continúa sollozando.

Tomás:

¡Qué mierda!

Ayleen:

¡No entiendo! ¡No entiendo por qué estas cosas me tienen que pasar a mí!

Tomás la abraza. Trata de contenerla.

Tomás:

¿Hace cuánto se fue?

Ayleen:

No sé. Como media hora. Apenas salió te llamé.

Tomás:

¿Y Jimena?

Ayleen:

Le pedí a él que se la llevara porque necesitaba hablar con vos. ¡La pobre anda tan nerviosa! ¡No entiende qué está pasando!

Silencio. Pausa.

Tomás:

¿Qué vas a hacer?

Ella alza los hombros, niega con la cabeza. Pausa.

Tomás:

¿Pero qué fue lo que te dijo?

Ayleen:

En la tarde, cuando vino a dejar a Jimena, me preguntó si podíamos hablar un momento. Apenas lo dijo supe lo que iba a pasar. Me puse como loca. Me le tiré encima y traté de arañarlo. Le dije que si me iba a decir lo que yo creía, mejor no me dijera nada... Pero él insistió, me dijo que teníamos que hablar.

Tomás:

De seguro se enteró.

Ayleen:

¿De qué?

Tomás:

De mí. De nosotros. De que andábamos juntos.

Ayleen:

Me dijo que no. Me juró que no... Después yo se lo comenté y parecía sorprendido. Me dijo que de haberlo sabido no me hubiera dicho nada.

Tomás:

¿Y vos le crees?

Ayleen no responde.

Tomás:

¿Pero qué te dijo?

Ayleen vuelve a sollozar.

Ayleen:

Que lo había pensado mejor; que nos diéramos otra oportunidad; que sabía que la culpa era de él pero que iba a trabajar en sus cosas; que lo nuestro valía la pena porque yo era lo único que tenía en el mundo, y que Jimena... *Los sollozos vuelven a interrumpirla.*

Tomás:

¿Que Jimena qué?

Ayleen:

Que le hacía mucha falta. Que estaba sufriendo. Que le diera otra oportunidad.

Tomás:

¡Cabron! ¡Te está manipulando!

Ayleen continúa sollozando.

Tomás:

¿No te das cuenta? Apenas se enteró de nosotros vino a jodernos. ¡Es muy obvio!

Ayleen:

Me juró que no sabía. ¡Me lo juró!

Tomás, enervado, niega con un movimiento de cabeza. Pausa. Mira por primera vez la T.V.

Tomás:

¿Qué pasó?

Ayleen:

¿No supiste? ¡Agarraron a Hussein!

Tomás:

¿Lo agarraron? ¿Dónde?

Ayleen:

En Irak, estaba escondido en Irak.

Tomás continúa negando con la cabeza.
Pausa.

Tomás:

¿Y qué vas a hacer?

Ayleen:

No sé, te juro que no sé... ¡Tengo tanto miedo de equivocarme! *Rompe a sollozar otra vez.* ¡Perdón, perdón!

Tomás:

No. Es mi culpa. Todos me lo advirtieron

Ayleen:

¿Todos? ¿Quiénes? ¿Qué te advirtieron?

Tomás:

Nada, nada...

Ayleen:

¡¿Te advirtieron qué?! *Solloza.*

Tomás:

¡Nada...! Nada que no te haya dicho. Del riesgo...

Ayleen:

Cuando nos encontramos... *Solloza.* Esto no iba a pasar.

Tomás:

Pero pasó, ya lo ves.

Ayleen:

Cuando nos separamos, yo le rogué, le imploré que no se fuera. Él me dijo que era definitivo, que no había marcha atrás.

Tomás:

¡Ya sé, ya sé!
Vuelve a negar con la cabeza. ¿Quién me mete? Tal vez mejor me voy. Así podés estar un rato sola y pensar.

Ayleen:

¡No, por favor! No te vayás ahora. Te necesito.

Tomás:

¿Y yo? ¿No te das cuenta de lo que esto significa para mí?

Ayleen:

¡Estoy tan confundida!

Tomás:

Qué ganas de salir corriendo, de vivir en otro mundo.

Ayleen:

No digás eso, por favor.

Tomás:

¡Vos y yo sufriendo por nuestro dramita de alcoba, mientras en Irak mueren miles de inocentes! *Pausa.* ¿Y cuánto tiempo se quedó?

Ayleen:

¿Cuánto tiempo? No sé... Como tres horas, o cuatro.

Tomás:

¿Tres horas?! ¿De qué hablaron durante tanto tiempo?

Ayleen:

Teníamos tantas cosas que decirnos. Desde que se fue de la casa no hablábamos así. Él también se puso mal, se puso a llorar...

Tomás:

¿Y Jimena?

Ayleen:

Le dije que se fuera a jugar al cuarto, pero se daba cuenta de que algo pasaba y salía a ver. ¡Anda tan nerviosa, está tan afectada!

Tomás:

¿Y todo ese rato se quedaron aquí... En la sala?

Ayleen alza los hombros, como dudando a dónde quiere llevar Tomás la conversación.

Ayleen:

No... En algún momento fuimos a la cocina por un té. Y cuando él se puso mal nos metimos en el cuarto para que Jimena no lo oyera llorando.

Tomás:

¿Se encerraron en el cuarto?

Ayleen:

Él estaba mal, estaba llorando...

Tomás:

No me contés más. ¿Pero no pensabas en mí, no se te ocurrió que todo esto podía afectarme?

Ayleen:

Claro que pensaba en vos. En todo momento pensaba en vos.

Tomás:

¿Pero entonces por qué...? *Desiste. Pausa.*

Ayleen:

Me siento fatal. Yo te metí en esto.

Tomás:

No, no es cierto. Yo me metí solo. ¿Quién me tiene?

Ayleen:

Hace 10 años, cuando nos conocimos, yo estaba feliz con mi matrimonio, pero aún así me pasaron locuras por la mente. Me pregunté cómo sería una vida con vos, me imaginé cosas...

Tomás:

Yo sé, yo también.

Ayleen:

Es increíble todo lo que uno puede imaginarse con solo unos minutos de conocer a alguien. Después de esos dos encuentros...

Tomás:

...Tres.

Ayleen:

Bueno, no empecemos otra vez con eso. Yo recuerdo solo la reunión en el ministerio, y al día siguiente el almuerzo.

Tomás:

¿Cómo podés olvidarte del encuentro en el ascensor? No nos besamos, ¡pero fue tan intenso!

Ayleen:

A veces me venía tu imagen, así, sin que viniera a cuento. Me preguntaba qué sería de vos... Incluso después de que nació Jimena.

Tomás:

Sí, es verdad. Yo también me acordaba de vos.

Ayleen (irónica):

Entre una mujer y la otra, sería... Cuando quedabas solo era que te acordabas de mí.

Tomás (sin darse por aludido):

Sí, tal vez... ¿Qué importa? Me acordaba de vos. ¿O crees que sos mejor por haber estado casada doce años?

Ayleen:

No, claro que no...

Tomás:

No, ¡claro que sí! La gente considera el matrimonio como una carrera de resistencia. Por eso entregan premios a los cinco, a los diez, a los quince años. Yo no soy así, ¿y qué? Eso no me hace mejor, pero tampoco peor. ¡Por supuesto que no!

Ayleen:

No, claro que no... Solo quería decirte que ahora que volvimos a encontrarnos me dije que era nuestra oportunidad. Además vos estabas solo, todo parecía perfecto...

Tomás:

¡Y es nuestra oportunidad! No habrá otra como esta. Entendelo de una vez por todas.

Ayleen:

¡Tengo tanto miedo de equivocarme!

Tomás:

Todo está en tus manos, a vos te toca decidir. *Pausa.* ¡Y apagá de una vez ese maldito televisor!

Ayleen no se mueve y la televisión continúa emitiendo en silencio. Rompe a sollozar.

Ayleen:

No me hagás eso... Dame un tiempo... Vos sabés que no puedo...

Tomás:

Yo no puedo ayudarte. ¿No te das cuenta de que todo esto es horrible, es doloroso para mí?

Ayleen:

Yo sé... Pero si te vas... Ya no va a haber que decidir nada...

Tomás:

¡Qué horror! ¡Qué telenovela barata en la que estamos metidos!

Ayleen

Salta del sollozo a la sonrisa. Ambos ríen sin mucha convicción.

Ayleen:

¡Sí! Qué horrible, ¿verdad?

Pausa.

Tomás:

Yo... Me metí con vos... –Me enamoré–, sabiendo que estabas recién separada... Vos en ningún momento dudabas si querías separarte; siempre dijiste que aunque

reciente, era una separación definitiva. Ahora venís y de un momento a otro me cambiás todo el panorama, todas las reglas... No es lo mismo meterte con alguien que se acaba de separar, que con alguien que se está planteando una separación.

Yo no quiero interferir con tus decisiones, no quiero estar en medio de una situación que no me corresponde...

Ayleen:

¡Claro que te corresponde! ¿No te das cuenta? Aunque no querás, ¡ahora te corresponde!

Pausa.

Ayleen:

Además de la niña... Él y yo tenemos tantas cosas en común. Crecimos juntos, nos hemos hecho juntos. La universidad, la pobreza de los primeros años... ¿Entendés? Solo el final fue malo. ¡Pero hemos andado juntos tanto tiempo! Somos como un equipo; con una mirada sabemos lo que el otro piensa...

Tomás:

Bueno, ¡los felicito! ¿Y por qué no apagás ese hijueputa televisor?

Ayleen:

No seás así, no es necesario.

Tomás:

¿Y qué querés que te diga?

Ayleen:

Nada. Pero al menos escuchame. Tratá de entender.

Tomás:

Al final siempre tengo que entenderte.

Ayleen lo mira sin comprender. Pausa.

Ayleen:

¡Estoy agotada! ¡Estoy tan cansada!

Tomás:

¡En qué enredo me metí por vos!

Ayleen:

¿Por mí? Yo no te busqué, no sabía dónde buscarte....

Tomás:

Es cierto. Fue la casualidad, la suerte... Igual que la primera vez.

Ayleen:

Cuando nos encontramos en esa gasolinera, mi amiga no entendía lo que estaba pasando, solo me decía que disimulara un poco porque se me salían las babas.

Tomás:

Y yo igual, por el estilo... Incapaz de mover el carro, porque todavía dudaba si eras vos. Luego encendí el carro y sonó horrible,

como siempre que uno le da al arrancador con el motor encendido. ¡Qué espectáculo!

Ayleen:

¡Una gasolinera! ¡Lo menos romántico!
Pausa.

Tomás:

¿Qué vamos a hacer?

Ayleen:

No sé. Te juro que no sé. Pero en cualquier caso quiero que sepás que te quiero. Te quiero mucho.

Tomás:

Vas a volver con él, lo sé. Ya lo decidiste.

Ayleen:

¡No! Para nada. Solo quiero que sepás eso. Para mí es muy importante.

Tomás:

Ya lo decidiste, lo veo en tus ojos.

Ayleen:

No, te juro que no... Solo que... Solo que no puedo vivir la vida como empezando siempre de cero.

Tomás:

¿Ves? Ya lo decidiste. Mejor me voy.

Ayleen:

¡No seás huevón! Te lo admiro, ¿entendés? Me gusta mucho que seás así, pero para mí es diferente. Está Jimena. ¡Y son tantos años con él! Vos, en cambio...

Tomás:

¿Qué? ¿Yo qué?

Ayleen:

Así como te enamoraste de mí te hubieras enamorado de otra. Y si me –voy si es que me voy–, te vas a enamorar de otra... Sos versátil, adaptable... Yo en cambio soy... Me cuesta mucho.

Tomás:

¿Y qué hay de malo en eso? ¿Cuál es el pecado de adaptarse?

Ayleen:

Nada, nada, te lo repito... Solo que... Vos estás solo, sos libre, decidís solo por vos.

Tomás:

Vas a dejar pasar nuestra oportunidad. Lo vas a echar a perder para siempre.

Ayleen:

¡No digás eso! ¿Por qué?

Tomás:

Es la verdad. Estas cosas no pasan dos veces.

Ayleen:

Necesito tiempo. Tiempo para pensar.

Tomás:

No puedo darte eso. ¡Entendé! Sería una tortura, me sentiría a prueba en todo momento, tratando de convencerte de que me escojás a mí.

Ayleen:

¡No me hagás esto! O tal vez tengás que decidir vos. Yo no puedo... No puedo.

Tomás:

¿Yo por qué? Estoy aquí porque me pediste que viniera, y para que me vaya también me lo vas a tener que pedir... Además, si el asunto después no funcionara, no quiero que me lo reprochés a mí.

Ayleen rompe nuevamente a sollozar.

Ayleen:

Si al final decido regresar con él y el asunto no camina, tampoco me lo voy a perdonar. ¡No me hagás esto, por favor!

Tomás

*La mira sollozar guardando la distancia,
con dureza.*

Tomás:

No te entiendo. Siempre sentís que los demás te hacemos cosas, y suponés que todos tenemos que entenderte. Ni se te pasa por la cabeza que vos también podés hacerle daño a la gente, y que el esfuerzo por entendernos tiene que ser recíproco...

Ayleen:

No me sermonees ahora, de veras no es el momento.

Pausa.

Tomás:

Me voy. Mejor me voy.

Ayleen:

Te vas... ¿Para siempre?

Tomás:

No sé. Solo sé que tengo que irme ahora.

Ayleen:

¡No, por favor no!

Tomás:

No puedo estar aquí un minuto más. *Tomás no hace ningún amago de salir.*

Ayleen:

Tengo miedo.

Tomás:

Yo también.

Ayleen:

No te vayás, por favor.

Tomás:

Tal vez tenés razón.

Tomás va hasta el televisor. Tras contemplarlo durante unos instantes, toma el control remoto y apunta, primero hacia el aparato y luego hacia Ayleen, como si lo hiciera con un revólver.

Tomás:

Tal vez soy yo el que tiene que decidir esto.

Apagón rápido. Suena un disparo.

En la T.V., siempre sin volumen, aparece ahora un reportaje en el que vemos las fotos de Ayleen y de Tomás, las luces giratorias de una radiopatrulla; unos enfermeros introduciendo un cuerpo dentro de una ambulancia, la casa rodeada de curiosos y acordonada por la policía, etc.

Fin